

Era el octavo día del Congreso, el día de su ponencia, y Justo Flores no estaba allí para entrevistarse con la periodista de La Prensa. Eran las tres de la tarde y no estaba en ningún sitio que pudiera importarle a alguien. El sol pegaba con fuerza sobre los dos escuálidos árboles de magnolia que languidecían frente al Hotel Monteleone mientras una brisa torpe movía sin ganas las banderas que decoraban las ventanas del primer piso. Adentro se hacían llamadas tratando de encontrar al conferenciante a la vez que la reportera, con expresión aburrída, paseaba por la recepción, deteniéndose cada cierto tiempo para arreglarse el peinado frente a algún cuadro cuyo vidrio devolviera su reflejo. Después de quince minutos se sentó y sacó su libreta de apuntes y, mientras escribía o garabateaba o recordaba lo que tenía que comprar en el supermercado, reconoció, bajo un fuerte acento sureño, el nombre de Flores en el sistema de megafonía. Después de lo que consideró un tiempo prudente se acercó a la recepción y pidió el número de la habitación, tomó el ascensor y subió al piso doce, descendió por el corredor hasta encontrar la habitación 43, tocó a la puerta y cuando no recibió contestación, trató la perilla. Que dio vuelta. Con voz algo tímida llamó: ¿Dr. Flores? Buenas tardes, soy Rosa Travis, de La Prensa. ¿Se recuerda? Teníamos una cita. Siguió caminando, era una habitación amplia: en lo que parecía una pequeña área de recepción no lo encontró; siguió avanzando, la puerta del dormitorio estaba entreabierta, alzó la voz, ¿Dr. Flores? La empujó. Aunque hubiera gritado nadie la habría escuchado porque el Dr. Flores, el académico al que tenía que entrevistar, el que tendría que hablar dentro de media hora en el Salón Primavera, preparado para el evento anual de la Asociación de Hispanistas, estaba tendido sobre la cama. Muerto. Si no lo hubiera estado, esto es, si no lo hubiera encontrado desnudo con un pañuelo de seda atado al cuello en posición fetal y con el rostro desfigurado; si su cuerpo no se encontrara tieso, magullado e inerte sobre la cama tendida en la habitación, aparentemente en perfecto orden, todo estaría como debiera estar. Y nada se encontraría fuera de lugar. Salvo ese detalle: que hacía que el nombre de un hombre muerto se estuviera anunciando a la entrada del salón a las cuatro y cuarenta y cinco de la tarde mientras la gente que llegaba a escucharlo tomaba ya sus asientos. Rosa Travis realizó el mismo recorrido que la había traído hasta allí; puso el cerrojo a la puerta y lo limpió con la manga de su blusa y volvió al dormitorio. Sacó un par de guantes de manejar de su cartera y mientras se los ponía comenzó a recorrer la habitación con la mirada. Después del inicial reconocimiento, después de ver la ropa ensangrentada, amontonada en un rincón del cuarto, entró al baño, encontró dos condones en el basurero; a un costado del lavabo un atomizador para “incrementar el desempeño sexual”, una navaja de afeitar y una colonia en un frasco de viajero. Volvió al cuarto, observó que el afamado académico no las traía todas consigo o, ¿esa era una de las características de la muerte? Recordaba haber leído que los órganos colapsan y tienden a retraerse cuando se instala el rígor mortis. Con cierta aversión se acercó al lecho, en la mesa de noche vio dos juegos de lentes, una pipa de vidrio, un libro de tapa dura con el lomo numerado y un pequeño papel escrito a mano con un teléfono sobre varias hojas grapadas. Al levantarlas para ver qué eran, la nota que reposaba sobre ellas cayó tras la cabecera de la cama. Lo que la obligó a acercarse para recogerla y así también observar que el un extremo del pañuelo estaba atado al poste más cercano a la pared (al lado de donde había caído el papel), mientras el otro, con nudo de marinero, estaba sujeto al

cuello de Flores. Sacó una cámara y tomó varias fotografías antes de guardar el libro en su bolso. Eran las cinco de la tarde. Se aseguró de poner el seguro de la puerta por dentro, quería ver cuánto tiempo ganaría con eso. Flores viajaba solo y aunque los organizadores intentaran dar con él, no forzarían su entrada, ni tendrían otra llave. Y, si conocía bien el ritmo de la ciudad, nada ocurriría demasiado pronto. Sin embargo, alguien vendría, alguien que querría proseguir o prolongar la inconclusa escena a la que otro había puesto fin. Ese alguien, seguramente, sería la persona cuyo teléfono y nombre guardaba ahora dentro de su bolso. Al salir, y antes de cerrar la puerta, miró hacia adentro, apenas podía ver el pie de Flores, su descalzado pie, desprovisto de afeites, sobre el edredón. El pie que ahora descansaba en paz, en la Ciudad de los Muertos, en Nueva Orleans.